

30.045 Ene 23 de 2006
p. 5a c 2-4

Del libro viejo al libro antiguo

SAUL SÁNCHEZ TORO ◆ ssanchezt@epm.net.co

¿Por qué será que las colecciones de los grandes prohombres de la ciudad que estudiaron y fueron dueños de textos clásicos de singular valor histórico van casi siempre a parar a las bibliotecas públicas de otras ciudades?

Nuestra ciudad vivió hace muchos años una época próspera en la cual se avivó el entusiasmo hacia la preservación de libros antiguos. Aquí se conseguían obras anti-quisísimas de la literatura mundial o publicaciones hechas en las primeras imprentas del mundo. En la antigua carrera 18 con 23 (donde hoy funciona el Supermercado El Ahorro) se encontraba el Almacén «Luz» de Don Luis Faria (contiguo a la Joyería Vargas) en donde además de marcos para cuadros se podían conseguir toda clase de libros antiguos, auténticas joyas documentales, invaluable no sólo por su antigüedad (incunables del mundo, o latinoamericanos, o libros de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII) sino por su presentación (cuero repujado, exlibris a mano, tipografía móvil, letras romanas o góticas, etc).

Igualmente existían tres sitios típicos en donde los coleccionistas hallaban libros anteriores a 1900. Nos referimos a la Librería Atalaya de Don Jorge Escobar y fundada por Gilberto Agudelo, que quedaba frente al Teatro Cumanday (hoy Edificio Cumanday y sede de Coomeva), sitio obligado para quien quería un libro valioso; o la Librería «Mi Libro» de Don Pablo Pachón que a pesar de no especializarse en libros antiguos ofrecía ocasionalmente hermosas

joyas bibliográficas; y finalmente «El Estudiante» de don Arturo Quintero que además de vender elementos deportivos para los scouts, también ofrecía libros antiguos. La anticuaría El Artístico de don Evelio Mejía en donde de vez en cuando se conseguían libros de vieja data era hasta hace muy poco el lugar donde se encontraba toda clase de artículos añejos y de singular valor.

La demostración de la pérdida de este interés es palpable ya que en la actualidad no existen locales en la ciudad donde se pueda adquirir este tipo de reliquias. Y más triste aún es que los pocos libros que tiene la ciudad de siglos anteriores y que revisten valor cultural, (literario, artístico o científico), como los libros de las colecciones Emilio Robledo, Victoriano Vélez, J. Vélez Sanz, Colegio de Misiones de Popayán (toda una colección empastada en cuero de carnero), que tiene la Universidad de Caldas, se encuentran al alcance de propios y extraños (estantería abierta), gracias a la disposición de un novel bibliotecario que no aprendió en el aula la distinción existente entre un libro antiguo y uno viejo. Estas mismas colecciones las tienen el Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM (Dos de las más prestigiosas universidades de América Latina) en salas independientes, con climatizadores (temperatura controlada), extractores de olor, y lejos del acceso público. Para ingresar a ellas se requiere el carácter de investigador, ponerse mascarilla, y guantes especiales para pasar las hojas de las publicaciones, lo cual se hace desde un atril junto al cual se ubica un asistente o supervisor, quien permanece a su lado todo el tiempo de utilización de la publi-

cación. Pero es que allá y en otros países, si aprecian el valor y el carácter histórico de unas publicaciones cuyos ejemplares son casi únicos. Acá en la ciudad esos libros son considerados por muchos como «vejesterios», «anacrónicos», «usados» «libros de descarte», «basura». No es lo mismo hablar de una edición príncipe (La primera edición) que de una reedición o una edición moderna. Los dibujos de las primeras anatomías son muy diferentes a las fotografías policromáticas de las modernas, lo que convierte a aquellas en invaluable joyas bibliográficas. Las primeras revistas y libros publicados en las imprentas de la ciudad son obras raras que con el tiempo han adquirido un enorme valor no sólo comercial sino cultural.

A mi amigo Gabriel Gómez Márquez, quien heredó de su tatarabuelo el libro: «La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú» por su médico de cabecera el Dr. Alejandro Próspero Reverend (París: Edición Imprenta Hispanoamérica de Cosson y Comp., 1866»), le sucedió que queriendo vender la preciada obra en algunas librerías de la ciudad, lo máximo que le ofrecieron fueron cinco mil pesos (¿?) por ser un libro «muy requeteviejo».

A propósito de antigüedades, ¿por qué será que las colecciones de los grandes prohombres de la ciudad que estudiaron y fueron dueños de textos clásicos de singular valor histórico van casi siempre a parar a las bibliotecas públicas de otras ciudades? Y otra pregunta, ¿qué se hizo la biblioteca de Don Aquilino Villegas que alguna vez la familia ofreció vender a cualquier entidad de la ciudad interesada en ella? ¿Quién la compró?